



XXXVII Seminario Interuniversitario de Teoría de la Educación

**Educación en la Sociedad de Conocimiento y el Desarrollo
Sostenible**

**La Laguna, 11 al 14 de Noviembre, 2018
Universidad de La Laguna**

Autor:	Ángel García del Dujo
Título de la adenda:	Del sentimiento por la tierra
Ponencia a la que se dirige la adenda: Primera ponencia: La Educación para el Desarrollo Sostenible: sin tiempo para educar en el futuro, educando para la emergencia del presente.	

DEL SENTIMIENTO POR LA TIERRA¹

(Y quizás trágico, al decir de la(s) ponencia(s))

Ángel García del Dujo
Universidad de Salamanca

Resumen

De muchas otras maneras hubiera podido titular esta adenda. Decido hacerlo así porque es la que más me interesa, la que mejor responde a la intención primera del adendente, que no es otra que preguntar si estos problemas de educación para el desarrollo sostenible tienen solución en la forma como se plantean, por más conocimiento que se pretenda - ¡ahora hablamos del conocimiento válido! - en una sociedad saturada de información y ávida, quizás más bien, de sentimiento por las cosas, empezando por la tierra. Otra manera de hacerlo hubiera sido hablar del oxímoron de la educación ambiental (y expresiones cercanas no siempre conceptualmente progresivas) tal como, con escasas excepciones, viene haciéndose desde hace ya medio siglo. Y, por extensión, de la inutilidad de una pedagogía empeñada en formas de pensar y hacer mundos para nuestro propio beneficio y dominio. Mundos posibles, desde luego, pero no parece que del todo buenos y sostenibles. Buscaré, en el trayecto de la adenda, llegar aquí, aun tomando aquello como punto de partida, el sentimiento (la ausencia del sentimiento) por la tierra en los humanos del tercer milenio.

Palabras clave: conocimiento, tecnología informacional, desconexión del mundo natural, sentimiento.

I

Dice Peter Zumthor (*Pensar la arquitectura*, 2014) que, cuando se pone a pensar en arquitectura, emergen en él imágenes de distinto tipo

(...) muchas están relacionadas con mi formación y con mi trabajo como arquitecto; contienen el saber que, con el paso del tiempo, he podido adquirir sobre la arquitectura. Otras imágenes tienen que ver con mi infancia; me viene a la memoria aquella época de mi vida en que vivía la arquitectura sin reflexionar sobre ella... Aún creo sentir en mi mano el picaporte, aquel trozo de metal, con una forma parecida al dorso de una cuchara, que agarraba cuando entraba en el jardín de mi tía. Aquel picaporte se me sigue representando, todavía hoy, como un signo especial de la entrada a un mundo de sentimientos y aromas variados. Recuerdo el ruido que hacían los guijarros bajo mis pies, el suave brillo de aquella madera de roble de la escalera, siempre bien fregada, y

¹ Con la venia, por si la academia entiende que esto no es una adenda.

todavía retengo en mis oídos cómo la pesada puerta de la calle se cerraba tras de mí y recorro el sombrío pasillo y entro en la cocina, el único espacio de la casa realmente luminoso (2014, 7).

Algo parecido me ocurre a mí cuando me pongo a pensar en el campo, en la naturaleza, en la tierra toda, ya sea de forma bruta o neta, quiero decir, de manera directa y sin ambages o inducido por un lenguaje y una terminología que pareciera más bien inventada para el engaño. Mi mente -mucho más lentamente en el segundo escenario- se llena de cosas..., de piedras, de cantos, de robles, de urces, de manantiales, de avena y de centeno..., de frío, de miedos, de jolgorio y revoltijo..., de olores, de gorjeos y graznidos, de silencios... Y de pensamientos. De pensamientos postreros que tienen que ver con lo que vine escuchando -a veces, con estupor- y leyendo en la academia formal y en la no formal.

Las primeras, aquellas imágenes, colores y sonidos, que adquirí en ‘aquella época de mi vida en que vivía la tierra sin reflexionar sobre ella’, llegan prontas a mi memoria sensorial, por diferentes senderos², y acogen con facilidad cuantos análisis y propuestas se vienen haciendo a propósito de los riesgos que estamos corriendo; las otras, las relacionadas con el saber que he ido adquiriendo, se muestran mucho más torpes y lentas. Parafraseando al autor de referencia, diré que recuerdos de aquel género contienen las vivencias de más hondas raíces que me han sido dadas a conocer y constituyen los cimientos del estado de ánimo y reflexión que trato de hilvanar en estos momentos. Y que, en pocas palabras, quiero expresar de esta manera: que los pensamientos, los conocimientos, sirven para sensibilizar las mentes, pero no hacen sentir la tierra. Y aquí se encuentra, entiendo, en educación buena parte del problema.

II

En términos de desarrollo, la historia de la humanidad quizás pueda verse como un constante y progresivo distanciamiento del humano respecto de la naturaleza; hasta

2 (...) A poco que cierre los ojos, vuelvo a ver rotar los rastros de la máquina de segar de aquella manera tan calculada y tan bella que dejaba en el aire una figura entre ovaloide, esférica y quebrada, al caer con esmero y hasta delicadeza, aunque implacable, sobre las cabezas del centeno. Vuelvo a escuchar, a poco que me concentre, el ruido monótono y metálico del vaivén de la cuchilla, señal de que la siega había empezado, y a ver un ángel adolescente detrás, amorenando, algo agalbanado y en desaliento, porque era incapaz de abarcar los brazos que hacía su padre. Y, a poco que fuerce otro de mis sentidos, vuelvo a palpar y a oler aquel olor a tamo mojado por el rocío de la noche, que al instante me trae a la memoria aquel otro a hierba verde recién cortada, no menos grato y penetrante. Y oigo, una vez más, los suspiros del motor de la máquina de beldar, la inmortal Ajuria número 7, que, cuando arrancaba, el motor digo, las pocas veces que lo hacía, al instante se ahogaba y expiraba, el caso es que no salíamos ‘dencaurelito’, ahí en la calle de Las Huertas, o había que llamar a Julio el de Valcabadillo. Y así uno y otro y otro día, a esperar que llegase el día del Valle, que marcaba el fin de las faenas de verano. GARCÍA del DUJO, Á. *Lugares, imágenes y sentimientos*. Palencia, Ayuntamiento de Saldaña, 2013.

el mismo concepto de desarrollo lleva implícito, en el imaginario colectivo, una especie de separación creciente, de alejamiento continuo y hasta de ocultamiento del hombre respecto de la tierra: desde el apego inicial, impregnado por un sentimiento mutuo de pertenencia, se habría pasado por distintas fases de alejamiento hasta llegar a ignorarla, a desconectar de ella, no sólo desconocerla. En esta trayectoria, siempre de dominio y usufructo *in crescendo* al servicio del humano, la tecnología de cada momento constituye un buen referente de lo uno y de lo otro, de la autopercepción del nivel de desarrollo y del grado de alejamiento y hasta de indiferencia del humano, que no de la naturaleza, pues el medio “siempre responde”, en expresión certera del profesor Martín Sosa, y hasta se acepta hoy que lo haga de manera airada, pues las realidades que se ignoran tienen derecho a vengarse y suelen terminar haciéndolo. En este sentido, la tecnología de nuestros días, la llamada tecnología informacional, vendría a significar el momento de mayor ensanchamiento y punto de ruptura/desconexión definitiva con el mundo natural y no retorno de aquel apego inicial, en cuanto representa la mediación inmaterial, la tecnología sin contacto del humano con las cosas. Como si, por mor de la tecnología, hubiéramos decidido en estos momentos -cosa que solo el hombre cree poder hacer- dar la espalda definitivamente a la naturaleza. Y así vivimos, dice la ponencia.

III

Es cuando la ponencia plantea, en el empeño de volver a intentarlo, una mayor y mejor difusión social del conocimiento, que ahora califica de válido, en la intención de llevar a la sociedad a un proceso de concienciación en base a la información disponible sobre los riesgos que estamos corriendo. Estrategia que recuerda aquellos tratamientos y técnicas de sensibilización e impacto individual que con escasos resultados se pusieron en marcha en otros campos. De nuevo una pedagogía de la razón y de lo razonable (que no es poco, ciertamente), que viene mostrando sus límites en la búsqueda de un desarrollo sostenible por la vía del conocimiento, de la concienciación y sensibilización en base a la información disponible. Límites cuya explicación encontramos en la separación tan grande y profunda que se ha instalado entre sujeto y entorno natural (si así puede todavía llamarse a algo de lo que fue), hasta el punto de convertir hoy aquella primigenia educación ambiental en un oxímoron y, por ende, de llevar a la pedagogía en este ámbito a un ejercicio de inutilidad permanente, como se aprecia en numerosos relatos que pretenden, con la angustia que dan las urgencias, devolver al individuo lo que la realidad les niega.

IV

Procede, pues, pensar en otras formas de abordar el problema, además del fomento, desarrollo y difusión social de un conocimiento científico y unos principios éticos, imprescindible en ambos casos, ¡por supuesto! Concretamente, estamos pensando en el cuerpo³, en los sentidos, en la educación de la mirada, de la escucha, del tacto...de los olores, de los gorjeos y graznidos, de los silencios..., pues la información, el conocimiento, que es capaz de hacernos conscientes y sensibles en un momento dado, no logra hacernos sentir la tierra⁴. Y allí donde no hay sentimiento, todo se vuelve mucho más torpe y lento. Recordaremos aquí que fue siguiendo a Hume en la defensa del sentimiento, no de la razón, como motor de la acción moral, como Victoria Camps dice que terminó interesándose por “el lugar de las emociones en la ética” en *El gobierno de las emociones*.

V

Finalmente, la pedagogía ignoró en buena medida que las cosas también educan, no sólo las personas. Que lo otro, no solo el otro, conforma nuestras mentes en sus vericuetos emocionales y, por ende, cognitivos. A su vez, la epistemología centró todo su interés en el sujeto cognoscente, dejando casi sin sitio y sin valor cualquier otro componente del proceso, interés redoblado en nuestros días en parte por la tecnología de nuestro tiempo. Nosotros, en cambio, estamos pensando, ahora en el contexto de lo natural-humano, en algo parecido a lo que Adela Cortina hace en la *Ética de la razón cordial* para la ciudadanía del siglo XXI: pedir un mínimo de reconocimiento y sentimiento, en nuestro caso por la tierra⁵, que soporte unos principios y unos conocimientos básicos. No confiamos, con todo, la entrega de esta tarea a la escuela sino a la experiencia, a las formas y prácticas de vida. La experiencia de apego a la tierra. Oxímoron de nuestro tiempo. Obstáculo serio (y hasta inutilidad) de la pedagogía

3 “Los sentidos no son meros receptores de estímulos, y el cuerpo no es un simple punto de vista del mundo a través de una perspectiva central... El cuerpo no es el escenario del pensamiento cognitivo; de hecho, los sentidos y nuestra estructura corporal esencial producen y almacenan conocimiento silencioso... Nuestra manera de educar debería reconocer la existencia de un pensamiento sensorial y una intuición incorporada como equivalentes y complementos del pensamiento conceptual..., para entendernos a nosotros mismos como seres humanos”. PALLASMAA, J. *Habitar*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 2016, pp. 76-80.

4 La información sirve, sin duda, para *desfacer el entuerto*, ampliamente extendido entre las generaciones jóvenes, sobre si los garbanzos se plantan o se siembran, pero no logra inocular en el individuo el complejo de sensaciones que en el cuerpo emergen al ver un garbanzal bien nacido. Procede, pues, en lenguaje de amplia resonancia institucionalista, enseñar a mirar, a saber ver, oír, tocar..., sentir las cosas.

5 “El gran error del *homo faber* reside en su convencimiento de que el hombre puede existir sin un domicilio fijo, que la tecnología es capaz de transformar el mundo de modo que ya no sea necesario experimentarlo a través de las emociones”. PALLASMAA, J. *Idem*, p. 13.

en este campo concreto. Acaso estemos hablando de otro conocimiento, de otro modo de pensamiento.